

El Señor, por cuya gloria he empezado este trabajo, guíe mi pluma con su santa gracia para que esta Vida sirva de edificación á los fieles y contribuya á que todos alaben y engrandezcan al que es tan admirable en sus santos.

MARIANO AGUILAR,  
Misionero hijo del Corazón de María.

MADRID, 10 de Mayo de 1894.



## VIDA ADMIRABLE

DEL SIERVO DE DIOS

# PADRE ANTONIO MARÍA CLARET

Fundador de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María.

## PARTE PRIMERA

(1807 - 1849)

Su vida de Misionero: desde que nació hasta que fué nombrado Arzobispo.

### CAPÍTULO PRIMERO

NACIMIENTO É INFANCIA DEL SEÑOR CLARET, 1807-1820.

1. Nacimiento, patria y padres del Sr. Claret. — 2. Su bautismo. Sus primeras ideas y ejemplos. — 3. Su confirmación. Vida angelical con que se preparó para la primera comunión, y fervor con que la hizo. — 4. Buenas obras que le dispusieron á ser llamado al sacerdocio. — 5. Su devoción á la Virgen santísima. — 6. Primeras pruebas de su virtud.

1. No lejos de Manresa, de la ciudad que inmortalizó San Ignacio de Loyola por haber compuesto en ella sus admirables *Ejercicios*, existe una villa de cuatro á cinco mil almas que, aunque industriosa y activa, como lo restante del Principado catalán, acaso hubiera, como hasta ahora, pasado inadvertida en la historia de aquel heroico pueblo á no haber visto en ella la luz del mundo el Apóstol de España en este siglo, D. Antonio María Claret. Llámase Sallent, pertenece á la diócesis de Vich, patria de su futuro amigo y condiscípulo el inmortal Balmes, y está enclavada en la provincia de Barcelona, la más célebre y laboriosa de todo el Principado, al extremo del hermoso valle de Baijas, sembrado de huertas y viñedos, en el que campean dos antiquísimos conventos medio

arruinados, el uno en el pueblo de Sampedor y el otro cerca de Navarcles, pero solitario en medio de la campiña. Situada Sallent á orillas del Llobregat, uno de los principales ríos de Cataluña, debe á sus corrientes la importancia industrial que tiene, aunque no llegue, ni con mucho, á la de otros pueblos del Condado. El día 23 de Diciembre de 1807 fué el destinado por la divina Providencia para el nacimiento de su celoso Apóstol. Fueron sus padres Juan Claret y Josefa Clará, los cuales, cuando nació nuestro Antonio, habitaban en una casa alquilada de la calle del Cos, número 4; pero después se trasladaron á otra comprada por ellos en la calle Grande, número 1.

Aunque no heredaron de sus mayores los nobles títulos que el mundo tanto aprecia, ni riquezas en abundancia por las cuales equivocadamente miden muchos el mérito, recibieron de ellos otros dones mucho más apreciables delante de Dios, y que suelen labrar, en cuanto cabe, mejor que los primeros, la dicha en este mundo. Tales fueron la tradicional sencillez de costumbres, las virtudes familiares que embalsaman el hogar doméstico, conservando en él la paz y la felicidad, y la singular piedad con que siempre se distinguieron. Formaban los dos esposos con sus hijos una de aquellas antiguas familias patriarcales pertenecientes á la clase media, donde se juntaban con maravillosa consonancia el trabajo y la virtud, la honradez y gravedad cristiana con la piedad sencilla y fiel observancia de los Mandamientos, los honestos placeres de familia con la caridad que se extendía á todos los necesitados. Vivían honradamente del oficio de fabricantes en telas de algodón, y aunque no siempre les sobraba de los frutos de su industria, no llegaron jamás á la indigencia y, en tiempos favorables al comercio, pasaban la vida con bastante desahogo. Eran dueños de una pequeña fábrica, en la que trabajaban algunos obreros de uno y otro sexo, de muy buenas y honradas costumbres, ocupándose los unos en tejer y las otras en preparar el algodón antes de ponerlo en el telar.

El Señor bendijo tan santo matrimonio, y once hijos, seis varones y cinco hembras, fueron el fruto de esta bendición. Antonio fué el quinto de los hijos, y el que más lustre dió, aunque sin pretenderlo, á su familia. Dos hermanos y tres hermanas fallecieron en la infancia. El último de los hermanos, des-

pués de haber estudiado Humanidades en el Seminario de Vich, murió cristianamente á la temprana edad de trece años. La hermana mayor nació en 1800, al comenzar el presente siglo; casó y enviudó joven; se señaló siempre entre sus hermanos por su amor al Siervo de Dios, por su honradez y por su laboriosidad y piedad. La otra hermana, llamada María, entró en Religión, tomando el hábito de Carmelita de la Caridad, y los otros dos hermanos, Juan, nacido en 1804, y José, nacido en 1810, tomaron el estado del matrimonio, y no desmintieron jamás con ningún vicio ni acción menos decorosa la piedad y honradez de los demás de la familia.

2. A los dos días de nacido, ó sea el 25 de Diciembre, fiesta de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, recibió Antonio las aguas bautismales en la iglesia parroquial de su pueblo, llamada Santa María de Sallent. Fué sin duda feliz coincidencia el que naciera espiritualmente para Dios el día en que la Iglesia celebra el nacimiento temporal de Dios para el hombre; y aunque nada de maravilloso tenga semejante acaecimiento, como la suave providencia de Dios dispone, aun en las cosas ordinarias, admirables analogías y modos ocultos é inescrutables de significar sus trazas, quizá con tan dichosa coincidencia intentó presagiar que el niño de Sallent seguiría constantemente al divino Niño del pesebre imitando sus virtudes. Diéronle por padrino á un hermano de su madre, llamado Antonio Clará, y por madrina á una tía paterna, llamada María Claret. Según la costumbre de la provincia eclesiástica de Tarragona, á la que pertenece Vich, consignada en su ritual, pusieron al niño tres nombres, el de Antonio, Adjutorio y Juan, pero le llamaron siempre con el primero, al cual él añadió más adelante el de María por su mucha devoción á la celestial Señora, á la que, como él graciosamente solía decir, tenía por madrina, por maestra, por directora y por madre.

Aunque la piadosa madre de Antonio había criado á todos sus hijos con la leche de sus pechos, no pudo cumplir con él con esta tan natural y cristiana obligación por hallarse en aquel entonces enfermiza y delicada. Diólo, pues, á criar á una mujer de Oló; pero en cuanto cesó la necesidad de ama fué restituído á la casa de sus padres.

Apenas el tierno niño pudo conocer lo que era amor, cuando ya ardía en amorosos incendios por su Dios, considerándo-

le como á Padre y bienhechor de los hombres. Le previno el Señor con tan temprana luz del cielo, que á la edad de cinco años hizo en su inocente alma muy honda impresión la idea de la eternidad desgraciada de los malos, acerca de la cual reflexionaba con tanta madurez como pudiera hacerlo el fervoroso anciano próximo ya á las puertas del sepulcro. Mas como su corazón era todo ternura y amor, semejantes consideraciones despertaban en él el celo de la salvación de las almas, que fué por decirlo así, la pasión dominante de toda su vida. Causa ciertamente admiración en tan temprana edad el modo serio de considerar la vida, cuando apenas se tiene conocimiento de ella y en muchos no ha despertado aún el uso de la razón. Nos resistiríamos á creerlo si el mismo Siervo de Dios no lo hubiera consignado más tarde en la breve reseña que de su vida hizo, obligado, como se dirá en su lugar, por la Obediencia. Y aun así nos parecería increíble si la modestia, sencillez y veracidad del Sr. Claret, principalmente en lo que atañe á su persona, no fuera tan atestiguada de modo tan unánime por cuantos tuvieron la dicha de conocerle. Veamos cómo él mismo nos descubre su alma candorosa en aquella tierna edad de cinco años.

“Las primeras ideas de mi niñez,—dice,—de que yo tengo memoria, son que, cuando yo tenía unos cinco años de edad, estando en la cama, en vez de dormir (pues siempre he sido poco dormilón), pensaba en los bienes del cielo y en las penas eternas del infierno; es decir, pensaba en aquel *siempre* que no tiene fin; figurábame distancias enormes; á éstas añadía otras y otras, y no alcanzando el fin de ellas, me estremecía por la desgracia de aquellos que tendrían que padecer penas eternas.—¿Y qué?,—me preguntaba á mí mismo.—¿Jamás acabarán los condenados el penar? ¿Siempre tendrán que padecer? Sí, siempre, siempre... Esto me causaba mucha lástima, porque soy naturalmente compasivo, y esta idea quedó en mí tan grabada que sea por lo temprano que empezó en mí, sea por las muchas veces que en ella he pensado, lo cierto es que nada tengo más presente. Esta misma idea es la que me ha hecho, hace y hará trabajar, mientras viva, en la conversión de los pobres pecadores, procurándola en el púlpito, en el confesonario, por medio de libros, estampas, hojas volantes, conversaciones familiares, etc. La razón es porque sien-

do, como he dicho, de corazón tierno y compasivo, no puedo ver una desgracia, una miseria, que no quiera socorrerla. Me privo del pan para darlo al pobrecito, y no me atrevo á gastar para mí pensando en las necesidades de los pobres. Ahora bien: si estas miserias corporales y momentáneas tanto me conmueven, ¿qué hará en mi corazón el pensamiento de las penas eternas del infierno, viendo que en él se precipitan los que viven en pecado mortal?...

„Esta idea de la eternidad desgraciada de los malos, que empezó en mí con mucha viveza á los cinco años de edad, y que siempre más la he tenido muy presente, y que, Dios mediante, no la olvidaré en toda mi vida, es el resorte y el aguijón de mi celo por la salvación de las almas.

„A este estímulo se añadió otro, y fué el pensar que el pecado no sólo hace condenar las almas de mis prójimos, sino que principalmente es una injuria hecha á Dios, que es mi Padre. ¡Ah! Esta idea me parte el corazón. Siendo el pecado de una malicia infinita, el impedirlo es impedir una injuria infinita á mi Dios, á mi buen Padre. Si un hijo tuviera un padre muy bueno y viera que sin motivo le maltratan, ¿no le defendería? Si viera que, siendo su padre inocente, le llevan al suplicio, ¿no haría todos los esfuerzos para librarle si pudiera? Pues ¿qué debo hacer yo por el honor de mi Padre, que tan fácilmente es ofendido, y que, siendo inocente, le llevan al Calvario para crucificarle de nuevo por la culpa, como dice el Apóstol? El callar ¿no sería un crimen? ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Padre mío! ¡Quién me diera impedir las injurias que se os hacen, aunque fuese á costa de mi vida (1)!..”

Por las palabras que anteceden se comprenderá fácilmente cuál fué el resorte de toda su vida y lo que le obligó á no perder ni un solo instante de tiempo para consagrarse en cuerpo y alma al ejercicio del ministerio apostólico. En ellas se deja ya entrever la semilla del futuro Apóstol, el germen de cuanto hizo en beneficio de las almas en los diversos destinos que en adelante le confió la Providencia, y un como dibujo ó diseño del magnífico cuadro de toda su vida. Suele Dios, como soberano Artífice de infinita sabiduría, delinear ya desde el principio en sus criaturas los planes de las obras á que las

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

destina, sembrando en ellas desde luego los gérmenes ó principios que, desarrollados más tarde con las fuerzas naturales y de la gracia, producen las maravillas que admiran los hombres, así en el orden natural y sensible como en el sobrenatural y del espíritu. Esto creemos que aconteció con el niño Antonio cuando el Señor con tan temprana luz iluminó su inteligencia, despertando en él aquel ardiente celo por la salvación de las almas que le devoró toda su vida.

Aunque era de carácter vivo y despejado, y sea muy común en los niños de esta índole el cometer ciertas travesuras, propias de su natural bullidor é irreflexivo, al niño Claret jamás le vieron caer en una sola, y lo que más admira en aquella edad aviesa y juguetona, nunca su madre hubo de reprenderle por falta alguna, y su padre le proponía por modelo á los demás hijos de la familia por la fidelidad y perfección con que cumplía todos sus mandatos (1).

Ya en esta edad dió claras muestras de la bondad natural de su corazón y de las bellas disposiciones con que Dios lo había enriquecido. Afligida España á la sazón con la guerra de la Independencia, en la que por espacio de casi siete años (2) los habitantes de la otra parte de los Pirineos tantos daños causaron á nuestra heroica patria, destruyendo iglesias, incendiando los conventos y mezclando la sangre de los ministros del Señor con la de los defensores del Trono, el pueblo de Sallent recibió alarmantes nuevas de que los franceses habían incendiado la vecina ciudad de Manresa y la aldea de Callers, y que debían temer que los desapiadados enemigos ejecutasen en ellos parecidos horrores. Acaeció esto por la noche, y los habitantes de la villa, como estaban sin defensa, huyeron desprovistos á refugiarse en los montes y en las selvas. Antoñito, como si fuera ya de edad madura, se puso al lado de su abuelo Juan, y dándole la mano le guiaba para que no tropezase con las piedras del camino, pues el cielo estaba obscuro con las tinieblas de la noche y el pobre anciano era corto de vista. Los hermanos y primos del buen niño dejaron muy atrás á su abuelo; mas no por esto se separó Antonio de él: antes le trató con tal paciencia y cariño que el pobrecito viejo quedó muy

(1) Declaración de la hermana del Siervo de Dios, sor María Claret.

(2) Duró esta guerra desde 1808 hasta 1814.

consolado y no menos maravillado de lo que presenciaba.

Este particular amor y respeto á las personas avanzadas en edad extendiase á los otros ancianos, y más si eran pobres. Sentía que se burlasen de ellos, lo que suele ser muy frecuente entre muchachos; los saludaba al encontrarlos en la calle, oía con gusto sus conversaciones, y cuando estaba en la iglesia, si se le acercaba alguno de ellos, levantábase de su asiento para cederle el lugar.

Su padre contribuyó no poco á cultivar en él estas felices disposiciones. Como jefe de una familia patriarcal donde se conservaban vivas todas las tradiciones religiosas, velaba cuidadosamente para que todos los individuos que la componían cumpliesen con exactitud los preceptos de Dios y de la Iglesia. Sus hijos, apenas sabían hablar, cuando ya de puro oírlo acostumbraban invocar á Dios y pronunciar los dulcísimos nombres de Jesús y de María. Decían éstos de memoria, amestraados por su padre, los primeros rudimentos de la doctrina cristiana, las oraciones de la mañana y de la noche, llamadas comunmente el ejercicio del cristiano, las de bendecir la mesa antes de comer y las de dar gracias después de la comida. Todos los días los reunía el solícito padre para leerles ó hacerles leer alguno de los libros espirituales que formaban su pequeña biblioteca. Después de la cena les contaba algún hecho instructivo y conferenciaba amorosamente con ellos de cosas conducentes á fomentar la piedad, hasta que llegaba la hora de acostarse. En los días festivos los acompañaba á la Misa parroquial y á las demás funciones religiosas. Cuando por su edad y robustez eran capaces del trabajo, les enseñaba á no pasar holgando el precioso tiempo de la vida, pues que la ociosidad suele ser madre de los vicios y ama de la miseria. ¡Oh, si todos los padres de familia imitasen tan dignos ejemplos!

Escuchaba Antonio atento y embebido las tiernas exhortaciones y las narraciones sencillas y encantadoras de su padre, y nadie como él se aprovechó tanto de ellas; porque como estaba dotado de fácil memoria y tan bien inclinado, discurría sobre las mismas y se aplicaba á sí con mucho tino las consecuencias que de ellas deducía. Todo lo cual atestiguó el reverendo Dr. Juan Codina, como cura que fué de la parroquia de Sallent, añadiendo que, aunque de natural vivo, era Antonio muy dócil y obediente á las más ligeras insinuaciones de sus

padres; con lo que hizo tales progresos en la virtud que, "al asomar los primeros albores de la puericia, por su modestia se atraía la atención de cuantos le miraban, observando en aquella criatura cierta cosa extraordinaria que no sabían explicarse," (1).

Hasta los seis años llevó una vida quieta y deliciosa en el seno del hogar paterno; pero como en este tiempo había ya clareado en él con resplandores bastante vivos el uso de la razón, lo mandaron á la escuela del pueblo, dirigida por Don Antonio Pascual, hombre religioso y sumamente activo. No faltó un solo día á las clases, cosa rara en un muchacho de seis años. Llevaba siempre muy bien sabidas las lecciones, y fué tan exacto en el cumplimiento de sus deberes que nunca el maestro tuvo ocasión de castigarle ó reprenderle por algún descuido, sino que antes bien le ponía por dechado á sus discípulos por lo mucho que los aventajaba en la aplicación, en el silencio y en la modestia, siendo como un vivo espejo donde todos ellos podían mirarse para aprender lo que les hacía falta.

Al salir de la escuela se iba derechamente á su casa, sin detenerse en las calles ni en las plazas á jugar con otros niños. Mas no se crea que era enteramente extraño á las inocentes diversiones propias de aquella edad, y á las que tan sabiamente inclinó al hombre la naturaleza para que su organismo adquiriera el suficiente desarrollo, entonces más que nunca necesario; porque de vez en cuando el sesudo Antonio se juntaba con sus amiguitos y daba con ellos sus saltos y carreras, pero era siempre con mucha templanza y medida, y con tan rara modestia que no parece sino que su ángel de guarda le hacía de ayo y consejero gobernando todas sus potencias; y así, aunque tenía Antonio todo lo gracioso y atractivo de la infancia, carecía de sus defectos, y si hablaba con la sencillez é inocencia de un niño, resplandecía también en sus palabras la prudencia y acierto de un anciano; y aunque sus obras eran de niño, las ejecutaba, aun sin darse cuenta, con la mesura y perfección de hombre maduro y reflexivo. En los mismos juegos, cuando se le ofrecía ocasión, ejercía ya, aunque de un modo infantil, el celo apostólico, porque enseñaba á sus com-

(1) Carta del Dr. D. Juan Codina del 19 de Septiembre de 1870.

pañeros las máximas piadosas que él había aprendido de memoria, y los exhortaba á ser buenos cristianos, comenzando así entre ellos á ser un pequeño catequista.

En poco tiempo aprendió de memoria toda la Doctrina cristiana desde el principio hasta el fin, y el señor maestro, para que diese aquél público testimonio de su aplicación y de sus adelantos, lo presentó con otros tres niños al señor cura párroco, que lo era entonces el Dr. D. José Amigó, y éste, en dos domingos seguidos por la tarde, se la hizo decir de dos en dos en la iglesia en presencia del pueblo; lo cual, como ellos hiciesen con gran soltura y sin error alguno, dejando á los asistentes muy admirados y edificados, fueron generosamente premiados por el dicho señor párroco. También se aventajó mucho el niño Claret en la Historia Sagrada, de la cual recordaba con gran facilidad todos los hechos, y los refería á otros con mucha gracia y donaire. Confiesa él de sí mismo que en su niñez no entendía el diálogo de la Doctrina cristiana, pero que no dejó por esto de sacar de él gran provecho, porque poco á poco se fueron aclarando en su mente las verdades altísimas contenidas en tan sutil corteza, y unas tras otras las fué conociendo hasta llegar á comprender su grande utilidad y su maravilloso encadenamiento y hermosura. "¡Oh, cuánto me han servido,—decía él,—las lecciones del Catecismo, y las doctrinas y ejemplos de mis padres y maestros!" Y así fué en realidad, porque lo que de ellos había oído y lo que en ellos había visto le sirvió como de escudo contra los rudos ataques que hubo de sostener más adelante contra el mundo, el demonio y la carne. Cuando en Barcelona se vió después rodeado de jóvenes licenciosos, que con doctrinas erróneas y pésimos ejemplos quisieron empañar el brillo de su inocencia, decía de sí mismo: "No, no escucho yo á estos malvados; no, no sigo sus ejemplos: más crédito merecen las palabras de Dios y los documentos de mis padres y maestros, que los falsos dogmas de estos infelices que no saben lo que dicen."

De sus buenos instructores aprendió Antonio la abnegación, la obediencia y el desprendimiento. Nunca fué voluntarioso, ni profirió las palabras de "no quiero tal cosa, deseo tal otra," sino que, acostumbrándose á no seguir su gusto, recibía con sumisión y agradecimiento los alimentos y vestidos que le daban, obedecía con respeto á sus mayores y se guar-